

EL RETORNO DE LA GEOPOLÍTICA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Benigno Pendás García*

A la memoria de Antonio Truyol y Serra

La Geopolítica es una vieja y dignísima ciencia, a veces más creativa que rigurosa. Ocupa desde hace tiempo un lugar propio en el panorama de las Ciencias Políticas, y utilizo aquí el plural de forma plenamente consciente. Con sus grandezas y servidumbres, contribuye a la comprensión razonable de ciertos fenómenos histórico-políticos. En sentido genuino, se llama Geopolítica a una rama de la Geografía humana y a una escuela de la Teoría Política que otorgan máxima relevancia a los factores geográficos en el proceso de la civilización (como lo llamaría Norbert Elías) y, en concreto, en las relaciones políticas entre los Estados. Sin embargo, hoy día se utiliza en un sentido amplio, acaso excesivamente, (casi) equivalente a Relaciones Internacionales o Política Internacional.

La seña de identidad de esta disciplina, en su versión fuerte, deriva de una tesis muy precisa: el *medio físico* determina la vida de los grupos humanos. Se constituye como ciencia, más bien modesta, en el ambiente positivista del siglo XIX, con la obra de Friedrich Ratzel. Pero los antecedentes son muy ilustres:

- La influencia del *clima* está ya presente en Aristóteles, en Bodino y, sobre todo, en Montesquieu, nombres señeros, como es notorio, en la Historia de las Ideas Políticas. En este contexto, predomina el elogio del clima templado. Puro sentido común: la democracia directa es posible (no digo deseable) en la primavera ateniense, pero no es fácil entre los inuit de Groenlandia o los tuareg del desierto. Otro caso conocido: el historiador Geoffrey Parker, con su habi-

* Sesión del día 24 de febrero de 2017.

tual enfoque heterodoxo, vincula los cambios históricos acaecidos en el siglo XVII (el “siglo maldito”, lo llama) a un período de glaciación, una suerte de calentamiento global a la inversa.

- La influencia del *relieve*, es decir, la orografía, es también notoria, ya sea la montaña (léase a Arnold Toynbee) o el desierto (si recuperamos a Lawrence de Arabia). El mar (del que luego hablaremos ampliamente) beneficia o perjudica, según los casos, la comunicación humana y comercial. Capítulo especial merece la *hidrografía*. Los grandes ríos son el origen de las civilizaciones hidráulicas y, por tanto, del despotismo oriental, como explica Karl Wittfogel desde su método marxista bien aplicado. No se puede escribir la historia de sus respectivas regiones sin tener en cuenta al Yang-tsé o al Amazonas y, por supuesto, al Nilo. En Europa, la “historia” del Danubio, según nos cuenta Claudio Magris en su célebre y hermoso libro, ha creado una forma de ser llamada *Mitteleuropa*. En fin, la placidez del Ródano tranquiliza al viajero presuroso que recorre la autovía y es causa, decía Vidal de la Blanche, del equilibrio propio del hexágono francés.

En realidad, los buenos viajeros siempre ven el mundo con ojos de geógrafo, profesional o aficionado. Le ocurría a Claudio Bombarnac, el personaje de Julio Verne, en su viaje a China de oeste a este, y le pasa lo mismo a Colin Thuborn, escritor de moda en el gremio, con su camino a la inversa, de oriente a occidente, por la renacida Ruta de la Seda, cada día más peligrosa por la expansión del Islam radical.

- Cabe mencionar también que los economistas han escrito muchos y buenos tratados sobre la riqueza del *suelo*, las materias primas, el oro *stricto sensu* o ese oro negro al que llamamos petróleo. Sin embargo, cuestiones tan apasionantes quedan al margen de este breve ensayo.

Anticipemos ya nuestro criterio, que coincide, creo, con el sentido común: la Geografía *influye* de forma notoria en la política. Vivimos tiempos de globalización; pero, escribe con razón Robert Kaplan (*La venganza de la geografía. Cómo los mapas condicionan el destino de las naciones*, 2013) el Hindukush sigue siendo una “barrera formidable”. También es cierto que hoy día la técnica relativiza esa influencia, porque los viajes y las redes sociales alteran la percepción del espacio y el tiempo, hasta el punto de que (según tengo escrito en alguna ocasión) el hombre contemporáneo es náufrago de las categorías *a priori* kantianas, con grave riesgo para su estabilidad personal.

Influye, insisto, *pero no determina*. He aquí la razón del fracaso científico de la Geopolítica. El salto cualitativo hacia el determinismo conduce a doctrinas sin sentido, solo justificadas por intereses turbios. Es el caso de las fronteras “naturales”, siempre más lejos y nunca más cerca de los límites actuales de quien las invoca. Si hay una frontera “natural” es la que configura, al sur de los

Pirineos, la realidad geográfica de la península ibérica. Con una excepción notoria: la “raya” de Portugal es lo más opuesto que cabe imaginar a un accidente geográfico determinante. Un ejemplo a la inversa: la gran llanura europea entre el Elba y los Urales, además de facilitar los *Völkerwanderungen*, obligaría a una construcción política unitaria, cuando la realidad nos muestra todo lo contrario. Lo mismo cabe pensar respecto del célebre *Lebensraum*: el “espacio vital” nunca parece suficiente a quiénes pretenden justificar la expansión territorial de su propio Estado.

El exceso determinista en Geografía tiene su equivalencia en Psicología Social con la sedicente teoría de los “caracteres nacionales”, poco más que una colección de prejuicios disfrazados de barniz pseudocientífico. Así lo han demostrado entre nosotros, en la estela de Américo Castro, siempre apasionado, autores tan relevantes como José Antonio Maravall o Julio Caro Baroja. Pero la tesis tiene antecedentes ilustres en el castellano de La Brède, porque Montesquieu afirma (*De l'esprit des lois*, XVII, 5) que los pueblos del norte forman naciones libres basadas en la igualdad, la razón y la búsqueda de la virtud. Cabe suponer que, a estos efectos, Burdeos se sitúa en el norte, recuperando así la vieja tesis de Tácito en su *Germania* sobre aquellos bárbaros cuyas asambleas de guerreros tomaban decisiones en las noches de plenilunio mediante un ruidoso procedimiento: *armis insonantibus*. Nacido más al norte, Émile Durkheim, lorenés de Épinal y menos convencido de tan confusos dogmas, recuerda otros rasgos “geopolíticos” de Montesquieu: tamaño del pueblo, naturaleza del suelo y el ya citado componente meteorológico.

TALASOCRACIAS: A BORDO DEL “PEQUOD”

Como se dijo, el origen doctrinal de la Geopolítica se sitúa en la Antigüedad clásica. Creta y el Rey Minos son los primeros protagonistas del dominio del mar. El contraste entre Atenas (potencia marítima, comercial y democrática) y Esparta (terrestre, militar y oligárquica) recorre la historia entera de la Hélade. Atenas conoce también el tránsito desde la tierra al mar. Maratón (490 a.C) es el mito aristocrático, porque allí triunfan los hoplitas, capaces de costear su propio armamento. En cambio, Salamina (480 a.C.) es el mito democrático: cualquiera es capaz con su fuerza física de impulsar los remos. La “mala” democracia, denuncia el Pseudojenofonte, conocido como “El Viejo Oligarca”, deriva de los derechos adquiridos por las clases populares gracias a la política de Temístocles que convierte a los atenienses en dueños del mar: el político arrogante y populista salvó a la *polis*, dice Heródoto, obligando a los griegos a ser marinos. Tucídides, el mejor de los historiadores, cuenta el cruel episodio de la isla de Melos, expresión del más crudo realismo político. Así pues, la Hélade fue una creación del mar, y la *polis* solo es concebible desde una orografía que difi-

culta las comunicaciones terrestres y favorece una sencilla navegación entre las ciudades costeras y las islas Cícladas, así como la relación con las colonias, ya sea en el Asia menor o en la Sicilia conocida como Magna Grecia. Los griegos aman el mar: *thalassa*, $\Theta\lambda\alpha\sigma\sigma\alpha$, exclaman los supervivientes de los Diez Mil de Jenofonte cuando divisan su elemento natural y dejan atrás Anatolia con sus rocas y sus desiertos.

Por desgracia, de poco les sirvió el dominio marítimo a los compatriotas del gran Pericles. Esparta (mejor, los espartíatas y, en sentido amplio, los lacedemonios) triunfa sin apelación en la guerra del Peloponeso y pone fin a la breve, pero brillante trayectoria del hegemón democrático, víctima de sus sueños imperiales. Una derrota concluyente del poder marítimo (consumada precisamente en el mar: batalla de Egospótamos), aunque no sería la última. Por eso Atenas fue una talasocracia efímera. El citado Pseudojenofonte lo tenía muy claro: “es el pueblo quien impulsa las naves y quien constituye la fuerza de la ciudad”; aquí son protagonistas los pilotos y contra maestres, los proeles y carpinteros de ribera; quedan rebajados en cambio los nobles y los hoplitas, y de ahí el enfado de Platón, hostil a los mercaderes de El Pireo, muchos de ellos extranjeros o libertos, y sus turbios manejos comerciales.

Roma, en cambio, era en origen una aldea, luego una ciudad “campesina”. Hunde sus raíces y sus mitos, como Rómulo y Remo, en el arado. Sus próceres, como Cincinato, prefieren cultivar el campo antes que ceñir la toga del dictador. Sin embargo, para alcanzar su condición de Imperio universal tuvo que destruir a Cartago en las Guerras Púnicas y recuperar con Virgilio la leyenda de Eneas, el troyano, mientras los dioses (y las diosas) compiten para atraer la fortuna hacia sus favoritos. Un solo ejemplo: “Oh Eolo”, reclama Juno, “pon vehemencia en las ráfagas y cubre sus popas sumergidas o dispérsalos y esparce sus cuerpos por el Ponto”. En cambio, Venus ruega encarecidamente a Júpiter: “Oh tú, que con eterno señorío tienes el gobierno de los hombres y de los dioses (...) ¿qué tamaño desacato pudo cometer contra ti mi Eneas?”. Ya conocemos el desenlace: los romanos llegarán a ser “los señores del mundo, la nación togada”.

Pero nunca estuvieron cómodos en el mar. Theodor Mommsen cuenta con su brillantez acostumbrada el episodio de los piratas (sobre todo, cilicios y cretenses) que llegan a formar en el Mediterráneo una auténtica “república bastarda” ante la impotencia de la flota romana, allá por el año 80 a.C. Más aún, Bizancio, la “segunda” Roma, nunca pudo controlar los estrechos, a pesar de su emplazamiento formidable en el Bósforo y de la belleza natural del Cuerno de Oro. Por supuesto, Moscú, “tercera” Roma al decir de Filoteo de Pskov, es fiel reflejo de la potencia terrestre. La Santa Rusia busca nuevos espacios desde San Petersburgo o desde Crimea, pero —según es notorio— el “general invierno” ha sido mucho más eficaz a lo largo de los siglos que los marineros sublevados del acorazado “*Potemkin*”, famosos por el inolvidable modelo cinematográfico concebido por Sergei M. Eisenstein. Una referencia oportuna, a mi juicio, porque

este año se cumple el centenario de las Revoluciones en Rusia (febrero y octubre) de 1917.

Como es notorio, la Edad Media cristiana (el Islam y, con matices, Bizancio son otra cosa) ofrece una imagen estrictamente continental: señores y vasallos, castellanos y labriegos, feudos y servidumbres, son fiel reflejo de un mundo rural y estático, superado en el “otoño” de Huizinga por las Cruzadas y las ciudades guardadas por sus franquicias y privilegios. De espaldas al mar, la Europa imperial del Medievo entrega el Mediterráneo a los musulmanes y a los piratas. Pero “el mar nunca duerme”, dejó escrito Mircea Eliade, y la historia sigue su curso implacable: desde Súmer al Mediterráneo, la nueva era nos conduce directamente al Atlántico.

Pero antes, hay que rendir a Venecia, potencia occidental con espíritu oriental, el homenaje que merece. Los esponsales del *Dux* con el Adriático, arrojando a las olas un anillo a bordo del *Bucentauro*, el día del mes de mayo consagrado a la Asunción de la Virgen, la *Sensa*, son la expresión simbólica de una vocación apasionada. Una gran novela, *El mar de las Sirtes*, de Julien Gracq, nos cuenta la historia de aquella Orsena imaginaria, cuyos habitantes creían sin excepción en los “derechos históricos”, propios de una potencia de recursos limitados pero de admirable habilidad diplomática y comercial. En un libro publicado en su día por el Instituto de Estudios Políticos que vale la pena recuperar, Román Perpiñá y Grau (*Reflexiones sobre el origen y ocaso de las talasocracias*) dedica a Venecia un capítulo brillante con datos muy precisos sobre los recursos económicos al servicio del poder naval, cuya expresión industrial era el Arsenal, sede hoy día de una famosa bienal de arte de vanguardia. El último servicio a la causa común fue la construcción de cien galeras, a razón de una por día, para la flota victoriosa en Lepanto (1571) al mando de don Juan de Austria. Es verdad que aquella guerra, según los polemólogos, fue todavía un combate terrestre mantenido en la cubierta de los navíos, lo mismo que la batalla de Actium (31 a.C.), desarrollada en el mismo lugar geográfico y no menos relevante para la historia universal. Las formas de hacer la guerra (naval, en este caso) iban a cambiar decisivamente poco tiempo después. Un libro muy diferente, *The Machiavelian Moment*, de J. G. A. Pocock, una referencia en la historia reciente del pensamiento político, dedica muchas páginas al “concepto” y al “mito” de Venecia a propósito de ciertos escritores secundarios, pero muy significativos del siglo XVI: así, Donato Giannotti, teórico del gobierno mixto en la tradición de Polibio y, aún antes, de Aristóteles. Un cuarto y último libro completa esta somera referencia a la Serenísima República: *La Historia de Venecia*, de John Julius Norwich, empieza, cómo no, con el recuerdo de John Ruskin, el “inventor” de las ruinas románticas, y culmina con un canto al patriotismo de quienes mostraron su fidelidad durante un milenio “a la república que habían edificado, enriquecido y defendido”.

A costa de ser injustos con los genoveses, nos dirigimos ya hacia el Atlántico. Talasocracia significa comercio, luego libertades y, en el nivel propio

de la época histórica, sociedad abierta. Recuérdese el *dictum* de Baudelaire: *homme libre, toujours tu chériras la mer*. Es el caso de las Provincias Unidas, admirables en su equilibrio interno: fue allí, escribe Ranke, donde la Providencia quiso que se concentrara todo el comercio mundial, al amparo de una técnica refinada de navegación a vela. Defensores a ultranza, eso sí, del monopolio marítimo cuando les convenía: el celeberrimo panfleto de Hugo Grocio, *De mare liberum*, es en el fondo y en la forma un dictamen jurídico en favor de sus clientes que aborrecen tanto como temen la pretensión de monopolio (en este caso portugués) de las potencias rivales.

Inglaterra, por supuesto, merece un párrafo largo, empezando por sus piratas y corsarios, los Drake o los Morgan y tantos otros. Muy diferentes a los “piratas” tecnológicos que nos presentó Muñoz Machado en su reciente ponencia, aunque unos y otros comparten sede en las Islas Vírgenes y otras similares. Poder y negocios al mismo tiempo, como sabían, cada uno a su manera, Isabel Tudor, Oliver Cromwell y los primeros Estuardo. Walter Raleigh, también teórico y práctico: “quien domina el mar, controla el comercio; quien domina el comercio, gobierna el mundo”. Una isla que desdeña el continente (hasta culminar en el sorprendente *Brexit*) y que hace suya, entre héroes y villanos, la herencia marítima de todos los demás países. *Britannia rules the Waves*, al menos a lo largo del siglo XIX... Es la única talasocracia moderna, porque las Provincias Unidas se retiran muy pronto de la gran competición para buscar las ventajas inherentes a una vida regida por la oligarquía comercial y la mentalidad burguesa. Los “enemigos” *sensu stricto* son Francia, y, sobre todo, España, otro Imperio atlántico, lastrada por unos cuantos factores internos y externos que ahora no son del caso. La historia entera, incluidas las guerras napoleónicas, es susceptible de interpretación en clave de flota y comercio marítimo frente al Leviatán hobbesiano, monstruo puramente terrestre y, por ello mismo, continental y estatal. De hecho, intrínsecamente autoritario.

Manuel García-Pelayo dedicó su primera monografía al estudio de *El Imperio británico* (1945; reeditado por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales en 2013, con prólogo de Benigno Pendás). Escribe allí el constitucionalista e historiador de las formas políticas que el Imperio oceánico y ultramarino fue desde siempre un condicionante para la política metropolitana y aún para su propia configuración política interna. En definitiva (recupero aquí algún párrafo del prólogo citado), Inglaterra no es un Estado porque tiene flota, como Atenas, y no ejército, como Esparta. Para el Reino Unido, el magnificado Estado continental no pasa de ser un expediente técnico: allí, *the State is the Crown*. Añado que, en otro contexto (un estudio brillante sobre el germanista Otto von Gierke), F.W. Maitland juega de forma irónica con palabras similares, al distinguir entre *states* y *estates* en otra entidad peculiar, casi inefable, como fue el Imperio germánico, un “monstruo” político, al decir de Samuel Puffendorf. Monstruo terrestre en este caso, que solo descubre el mar por necesidades bélicas con el almirante Tirpitz, una suerte de Temístocles para la Alemania de la preguerra de

1914 como impulsor de las cinco *Flottengesetze*. En fin, para concluir con los ingleses, el mar era el principio y el fin de un Imperio universal por fragmentos, financiado desde la City y regido desde el puente de mando de los buques de guerra, ya fueran oficiales o con patente de corso.

En materia de formas de gobierno, la querencia “natural” (valga la exageración) de cualquier talasocracia es la oligarquía, incluso bajo apariencia democrática. Es notorio en Atenas, nominalismos al margen, donde la condición de *polités* apenas alcanza al diez por ciento de la población. Identifica a Venecia, al igual que a Génova y a otras *signorias* terrestres, como Milán o Florencia, en la Italia del Renacimiento. Se trata, según la lectura de la escuela de Cambridge, de una alternativa “republicana” frente al Estado, forma política equiparable en origen con la monarquía y el absolutismo justificado por el derecho divino de los reyes. Alternativa fallida, como es notorio, aunque (cito de nuevo a Pocock) su eco resuena más adelante en la tradición republicana atlántica, incluidos los Estados Unidos. A su vez, Inglaterra, después de la Gloriosa, hace suyo el modelo talasocrático compatible ahora con la monarquía preconstitucional, otra forma oligárquica en el sentido clásico.

Sin embargo, la Geografía Política surgió en un ambiente estrictamente “terrestre”, con el pionero alemán Friedrich Ratzel (*Antropogeografía*, 1882-1891; *Geografía Política*, 1898). Continúa con el darwinista sueco Rudolf Kjellen (*El Estado como forma de vida*, 1916) y con la ya referida teoría expansionista de las fronteras naturales. El positivismo, a veces pseudocientífico, ajusta cuentas con el romanticismo. Se supera “lo sublime” en el arte y vuelve “lo bello”, según la contraposición de Burke o de Kant. Razón implacable frente a pasiones insaciables. El contraste geopolítico lo anticipó el genio de Richard Wagner: en *Der Fliegende Holländer* (estrenada en Dresde en 1843), la primera ópera genuinamente wagneriana, compiten el buque fantasma con su capitán enloquecido y el buque mercante que dirige un utilitarista mediocre.

Acudimos ahora a un ejemplo literario. Herman Melville publica en 1851 *Moby-Dick, or the Whale*, un nuevo fracaso, por cierto, en su deslucida carrera, porque su talento fue reconocido tardíamente, como tantas otras veces. El capitán Ahab; la Gran Ballena Blanca; Ishmael, el narrador... personajes universales de una historia que puede ser objeto de una lectura geopolítica. Así lo propongo en un estudio conjunto con Raquel García Guijarro, de próxima publicación en *Revista de Occidente*, que deriva de la conferencia inaugural impartida por los coautores en el ciclo “Literatura y política” del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Utilizo aquí y ahora una parte del material que elaboramos para la ocasión.

Basta con seguir la travesía del *Pequod*... Zarpamos desde Nantucket, en Massachussets, hoy día una villa apacible para turistas a un paso del lugar de veraneo de las élites, Martha’s Vineyard. Ishmael se siente muy orgulloso: “los

dos tercios del globo pertenecen a los hijos de Nantucket. Porque lo suyo es el mar: lo poseen como los emperadores poseen sus Imperios”. Allí la gente, cuáqueros guerreros, invierte en naves balleneras “lo mismo que ustedes en bonos del Tesoro”. Desde allí recorre el Atlántico (Azores, Cabo Verde, Río de la Plata), dobla el cabo de Buena Esperanza, atraviesa el Índico hasta el estrecho de Malaca (hoy día, el eje geográfico del mundo, en el epicentro de la competencia entre China y los Estados Unidos) y culmina por obra y gracia de la Ballena Blanca en algún lugar del Pacífico, cerca de las remotas Islas Polinesias.

El Pacífico, descubierto en 1513 por Vasco Núñez de Balboa, es el Gran Mar del Sur, en contraste con el Mediterráneo, un mar interior donde no caben los cachalotes, y con el Atlántico, protagonista de las añejas aventuras imperiales de británicos y españoles, más parecidas que diferentes, según explica sir John Elliott. Pacífico, dice Melville, “divino y misterioso”, que circunda la masa entera del mundo, hace de todas sus costas una bahía y parece *el corazón del mundo*, que late con sus mareas, un dios seductor. Brindamos aquí un objeto de estudio para jóvenes investigadores. “Corazón del mundo”, *heartland*, es un concepto célebre de la Geopolítica a partir de la conferencia dictada por sir Halford John Mackinder en 1904, en la Real Sociedad Geográfica de Londres. El “pivote” geográfico de la historia, decía el autor, ingenioso y atrabiliario: quien domine la “isla del mundo”, domina ese corazón situado en la llanura continental euroasiática, y así dominará la tierra. Medio siglo antes, Melville habla de heartland, en el capítulo CXI de *Moby-Dick*. ¿Leyó (y copió) Mackinder al novelista americano? Dejémoslo aquí, y sigamos con Ishmael: el viajero “que contempla por primera vez el Pacífico lo adoptará para siempre... (son) las aguas más centrales del mundo...el Índico y el Atlántico no son más que sus brazos”. Pero es, sobre todo, el Océano implacable que destruye a sus propias criaturas, el escenario de esa ballena que nadó en los lugares que hoy ocupan las Tullerías, el castillo de Windsor o el Kremlin. Fuertes y rotundas: “durante el diluvio de Noé, (la ballena) desdeñó el Arca...”.

La Geopolítica como ciencia destruyó su prestigio con la variante totalitaria del general Karl Haushofer y el Instituto que fundó en Munich, sostenido (parcialmente) por los nazis, aunque su fundador cometió el pecado imperdonable de casarse con una mujer judía. Pero otras facetas del enfoque geográfico siguieron y continúan vivas y activas. Así, el famoso libro del almirante Alfred J. Mahan, *El poder naval en la Historia* (1890), que merece elogios por su sólida información sobre la guerra en el mar y críticas muy serias por su desprecio hacia la aportación española y portuguesa a las hazañas en los océanos.

Hablemos ahora de Carl Schmitt. Algo más que filonazi, jugaba a ser un Benito Cereno refugiado en la España de Franco como maestro en la sombra de nuestros intelectuales (incluido Tierno Galván, por buscar los contrastes). Dalmacio Negro dirigió hace unos años un libro colectivo con valiosa información sobre la conexión española del catedrático alemán, objeto también de una mono-

grafía reciente. Schmitt escribió páginas de notable profundidad sobre el *nomos* del planeta y un librito brillante, *Tierra y mar*, concebido como lección para su hija Anima. Behemont y Leviatán, monstruos terrestre y marino, dominan la historia, como ya nos cuenta el libro de Job. El espacio y su orden político y militar son el centro y el eje de la lucha por la supremacía entre las grandes potencias, apenas regulada por el Derecho de Gentes. La ocupación y toma de posición de los espacios *nullius* ha sido objeto también de infinitas disputas jurídicas, de tratados internacionales, de bulas papales... He aquí un capítulo principal del eterno conflicto entre *amigo* y *enemigo*, clave de esa concepción schmittiana de la política que suscita el rechazo visceral de los biempensantes. Otros radicales, desde la izquierda (parcialmente) dominante, buscan hoy día la referencia de aquel sabio totalitario. No deja de ser significativo este *revival* de Schmitt en la izquierda radical. Otra vez los extremos se buscan y se necesitan mutuamente. Pero este es otro asunto, distante de nuestro propósito de hoy: tierra y mar; espacios cerrados y abiertos; el oso y la ballena... La lucha por el poder y la apología de la talasocracia. He aquí la lectura (geo)política más rigurosa de *Moby-Dick*. Se queja: “ustedes, los hombres de tierra, son injustos con el Mar...”. Más aún: cuando hay tempestad, el buque huye de la tierra, el peligro más cruel, y busca refugio en las aguas bravías: “su único amigo es su enemigo más feroz”.

Dejando ya a nuestros amigos a bordo del *Pequod* camino del desastre, hay que mencionar otros fenómenos histórico-políticos relativos al acceso al mar. Valga algún ejemplo reciente: Königsberg/Kaliningrado, la ciudad del sedentario Kant, o Dantzig/Gdansk, la patria infantil del polémico Günter Grass. Cabría estudiar muchos episodios relativos al control de las vías de comunicación naturales, como los citados estrechos turcos o el propio Gibraltar, o también su creación artificial, como Suez y Panamá. Me quedo con este último ejemplo, que conoce muy bien nuestro compañero Ramón Tamames. Abrimos un *excursus* al respecto.

Signo de los tiempos: el eje político y económico de la era global se desplaza desde el Atlántico al Pacífico. El canal de Panamá es el camino más rápido y seguro, de tal modo que funciona hoy día como epicentro del mundo moderno. Una historia apasionante y un futuro espectacular, consagrado por la ampliación ya concluida. Pero el pasado sigue vivo. Cada uno aporta lo que tiene. Los españoles, héroes como Balboa, cuya estatua preside la fachada marítima de la capital. También iglesias, claro, como la hermosa catedral, herencia del barroco colonial. Por supuesto, fuertes y otros restos espléndidos de arquitectura militar, baluartes con suerte desigual contra piratas y corsarios. Buenas intuiciones. Carlos V anticipó la idea del canal: por real cédula de 1534, el Emperador ordena que se explore el coste en dinero y en hombres y en cuánto tiempo se podría hacer. Respuesta práctica: “en medio milenio, Señor”. Mientras tanto, a lo nuestro. Allí dejamos hazañas a medio terminar con hermosos topónimos: Camino de Cruces; Nombre de Dios; el formidable fuerte de San Lorenzo que domina la desembocadura del río Chagres...

Francia llevó la *grandeur*. Siglo XIX, tiempo para la mentalidad politécnica: positivismo a gran escala; confianza audaz en el progreso; reino de los ingenieros, presidido —eso sí— por un diplomático, Ferdinand de Lesseps, *le grand français*. Triunfo absoluto en Suez. Fracaso sin paliativos en Panamá. Cálculos erróneos, finanzas oscuras, delirios de grandeza. En contra, la malaria y la fiebre amarilla, la selva tropical, un clima indomable. Eran los años gloriosos de la Expo de París, amargados por este nuevo desastre de Sedán: quiebra de la compañía universal del canal transoceánico, más de veinte mil muertos en el istmo y gran escándalo nacional. Miserias de la Tercera República, que salpican incluso al impecable Gustave Eiffel y al *tigre* George Clemenceau. Los antisemitas atizan el fuego: la culpa es del capitalismo financiero dominado por los judíos. Pronto llega el caso Dreyfus... lo mejor y lo peor del país vecino. Dejan, como siempre, unas gotas de civilización exquisita en el casco viejo de San Felipe, incluidas las ruinas nostálgicas del Grand Hotel.

Allí donde Francia fracasa, triunfan los americanos. Pragmáticos y eficaces, aportan lo (mucho) que tienen: dinero, organización, voluntad de poder. Teodoro Roosevelt concibió el canal como símbolo del poder naval, según la teoría del citado almirante Mahan. Para salvar el obstáculo de Colombia hizo falta crear un nuevo Estado. *No problem*. Surgen así la República de Panamá y el tratado entre Hay y el aventurero Bunau-Varilla, otro ingeniero con afición a las finanzas. La selva, los mosquitos o los ríos mal situados no logran detener el paso firme del Imperio. El primer Roosevelt, siempre brusco e impetuoso, ha cumplido su promesa: *¡que vuele la tierra!*

Día grande en el canal, a 15 de agosto de 1914. El *SS Ancón* es el primer buque que cruza las tres esclusas y el maravilloso lago Gatún. Ocho horas de tránsito y nos ahorramos el cabo de Hornos. El viajero contempla con asombro el paso de los panamax, alzados unos cuantos metros en cada esclusa, encauzados por las *mulas* (de verdad, locomotoras eléctricas) y orientados por un experto local, mientras el capitán deja por un rato de ser el amo después de Dios. Malcolm Lowry, otra vez disfrazado de *un alter ego*, escribe páginas inigualables: “es una obra genial, yo diría que una obra debida al genio de un niño”. Es, en efecto, un sueño infantil hecho realidad. Hay que disfrutarlo como merece.

El futuro ya está aquí. Tiempo para los *postpanamax*: buques con más tonelaje, esclusas más anchas y largas, artilugios más complejos. Los españoles estamos allí otra vez, con nuestras grandes empresas. Con el nuevo milenio entró en vigor el tratado Carter-Torrijos y el canal ya es panameño al cien por cien, aunque los capitales y las tecnologías provienen de todas partes. Por justicia del azar, España vuelve a ser protagonista. Ya ven: en 1508, Fernando el Católico expide capitulaciones a favor de Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón para buscar un estrecho entre el Atlántico y el Pacífico. Hace sólo quinientos años... Hay más cosas: la vieja *escuela de las Américas*, centro de aprendizaje para más de un dictador, es ahora un gran hotel gestionado por una cadena

española. Paradojas de la historia, siempre dispuesta a prestar ayuda a quienes la interrogan de buena fe.

El ferrocarril —ayer trágico, hoy romántico— flanquea el canal mientras elude la selva. Muchas gentes dejaron aquí la vida, en busca de gloria y aventura, tal vez a cambio de unas pocas monedas. Al margen de disputas políticas o egoísmos económicos, el canal de Panamá es un triunfo de la civilización. Termino con el estupendo libro de David McCullough, *Un camino entre dos mares*. A mí también me asombra el silencio que reina a lo largo del trayecto, porque los seres humanos apenas gritan: cada uno sabe exactamente cuál es su función. Todavía más llamativo: las compuertas de las esclusas se abren y se cierran sin esfuerzo aparente ni ruido perceptible. Un triunfo de la civilización, sin duda.

GEOCRACIAS: UNA TORMENTA DE POLVO

Hemos hablado mucho del mar, y eso que ni siquiera se han mencionado grandes libros, como *El Mediterráneo* de Fernand Brandel o incluso la *Biografía del Caribe* del colombiano Germán Arciniegas. Corresponde ahora hablar de la Tierra. Por contraste con las talasocracias, las potencias terrestres o continentales ofrecen una imagen estática, cerrada y potencialmente autoritaria. A diferencia de las marítimas, necesitan territorios de notable extensión. Etimológicamente, cabe llamarlas *geocracias*. Perpiñá sugiere *epirocracias*, de *epeiros*, **Ἠπειρος**, tierra firme. Sus rasgos comunes, dice, al margen de las apariencias, son entre otros: templos grandiosos; príncipes guerreros; privilegios por concesión real; guerras de conquista; espíritu autocrático; gobiernos arbitrarios... Políticamente, tienen mala fama. En el celeberrimo discurso de Pericles, el estratega se pregunta cómo serán capaces de gobernar los lacedemonios, que son “agricultores, y no marinos”. Aquí se incluyen los Imperios de Alejandro o Carlomagno, de Napoleón y, acaso el más genuino, el de los zares y sus herederos soviéticos y postsoviéticos. Son hegemones cuyo poderío suscita el recuerdo del “polvo, sudor y hierro” de Manuel Machado en su poema sobre el Cid Campeador. Aunque la querencia por Soria tiene poco que ver con el mar, parece que su más famoso hermano Antonio supo describir las talasocracias cuando apelaba a los mundos “sutiles, ingrátidos y gentiles como pompas de jabón”.

Lo cierto, si volvemos a Schmitt, es que el hombre es un ser terrestre, no es pez ni pájaro: su vida “terrena” tiene lugar en el globo “terráqueo”. Pero el agua le atrae, como bien refleja la primera expresión de la filosofía presocrática, a través de Tales de Mileto. El territorio es elemento constitutivo del Estado, para el Derecho interno y para el Derecho Internacional. La lucha por el Derecho exige un título de posesión de la tierra: la ocupación, dicen los mejores juristas, es el título originario por excelencia para la adquisición del dominio. De

ahí el “drama” que supone el agotamiento de los espacios *nullius* del planeta y el desconcierto que produce hoy día el régimen jurídico de las nuevas tecnologías, un mundo apasionante que plantea dificultades, a veces insuperables, a la soberanía estatal.

Lo cierto es que la interpretación telúrica de la sociedad internacional tiende a identificarse con una visión conservadora en sentido amplio, que se percibe —por ejemplo— en las teorías de Henry Kissinger o del propio Zbigniew Brzezinski. Ya se apuntó, sin embargo, el extraño “renacimiento” de una izquierda “schmittiana”, no solo en el ámbito ideológico (Chantal Mouffe y sus amigos españoles son un buen ejemplo), sino también en el internacional: Peter J. Taylor o Immanuel Wallerstein han obtenido un éxito notable con sus teorías del “sistema/mundo”, una suerte de Geopolítica anticapitalista y alternativa. Su *modern world-system* se ha convertido en el faro luminoso para nuevas generaciones de estudiosos con visión progresista de una ciencia que, a primera vista, peca de todo lo contrario.

Así pues, la Geopolítica ya no se asocia con el determinismo geográfico ni, según aparece todavía en la *Enciclopedia Británica*, con un instrumento al servicio de la política de poder. Esta rama singular de las Ciencias Políticas (y sus secuelas; por ejemplo, la Geoestrategia) forma parte ya del lenguaje común académico y mediático. Quienes lo emplean como mero recurso dialéctico son conscientes de que les otorga cierto barniz científico. Muchos engolan la voz para disertar sobre desafíos “geopolíticos” en relación con Asia/Pacífico, el África subsahariana o las riquezas del Ártico y las ambiciones de los Estados vecinos. También con las “macro-regiones” y las “megaurbes”. En general, el discurso tiende a ensalzar a los Imperios y a las ciudades y denigra a los Estados nacionales. Yo no me atrevo a practicar el difícil arte de la profecía. Decía Bertrand de Jouvenel que el hombre carece del arte de prever el futuro político. Por fortuna, añadido. Su amigo, el gran Raymond Aron, pensaba todavía en los años ochenta que la Unión Soviética tenía por delante una larga trayectoria...

Una breve referencia a los Imperios de nuestro tiempo desde el punto de vista geopolítico ofrece algunas perspectivas de interés. Estados Unidos, hegemonía todavía única, comienza una era de incertidumbre que pone en cuestión algunas tesis consolidadas. Hasta hace poco era notorio el cambio de rumbo desde el Atlántico al Pacífico: Washington mira el mapa desde California hacia China y Japón y no desde Nueva York hacia la vieja Europa. Ahora, en los primeros días de Donald Trump, solo mira hacia sí misma. Si se confirman los síntomas de proteccionismo económico, fronteras excluyentes y antipatías diplomáticas, habrá que interpretar de otra manera el mundo contemporáneo.

Pero, al margen de las coyunturas, Estados Unidos es una talasocracia de nuevo cuño, porque rige el mundo en una era global. Comenzó el siglo XX con la supremacía del poder aéreo. Menos famosos que otros autores ya referi-

dos, Alexander de Seversky o John Slessor aparecen entre los teóricos más relevantes de la Guerra Fría con su doctrina sobre el dominio del aire. A mitad del siglo surge una literatura, hoy arcaica, sobre el control del espacio ultraterrestre, al hilo de la lucha por el prestigio entre americanos y soviéticos. En su día, Yuri Gagarin y la perrita Laika fueron héroes nacionales, lo mismo *mutatis mutandis* que Neil Armstrong y otros pioneros en cumplir el viejo sueño de ir y volver entre la tierra y la luna. Por fin, el siglo XXI exige un poder fundado sobre la tecnología de la información y las comunicaciones que funciona mejor a gran escala que en su aplicación a casos concretos. Dicho de otro modo, nuestro tiempo confirma el triunfo incontestable de la técnica, pero Irak, Afganistán o Siria (*hard countries*, diría Toynbee) son un fracaso sin paliativos para el sedicente orden global. Sobre Trump, insisto, la prudencia invita a suspender el juicio académico, aunque los augurios apuntan hacia rumbos poco gratos para la razón ilustrada. *To be continued*.

Talasocracia, en efecto, pero la gran nación norteamericana incluye también una faceta “continental”, en el sentido geopolítico. Ciudad en la colina, espíritu comunitario, búsqueda de la felicidad...; también *Far West*, individualismo radical, apología de la violencia... La larga marcha hacia el Sur (Texas, Nuevo México) y el Oeste (California) es la epopeya que nace desde St. Louis, Missouri, hacia la conquista del estado de naturaleza hobbesiano. Si hablamos de literatura y política, el contraste con *Moby-Dick* y los puritanos de Massachusetts aparece en John Steinbeck, *Las uvas de la ira* (1939), la novela de la Gran Depresión. Me limito aquí a mencionar ese extraño capítulo tercero que el lector desconcertado solo consigue entender mucho después: *dust-bowl*, tormenta de polvo, con sus caravanas de “*ockies*” humillados como la tortuga que rueda por el terraplén. Ellos también son los Estados Unidos. De hecho, los Joad son americanos “genuinos”: blancos, anglosajones y protestantes explotados por otros WASP, más favorecidos por la fortuna. ¿Es esta la América que vota a Trump? El asunto es tan complejo que merece mucho más que una referencia episódica.

Lo cierto es que el californiano Steinbeck es la expresión literaria de esa otra América. *The grapes of wrath* tuvo más fortuna cinematográfica (John Ford, 1940) que *Moby-Dick* (John Huston, 1956) y, en un primer momento, mucho más éxito literario. Es la versión en negativo de la conquista del Oeste. Todo sale mal, salvo una (forzada) alusión final a las esperanzas que suscita el *New Deal*. Los Joad emigran desde su Ocklahoma natal hacia la mítica California. Una “tormenta de polvo” arrasa su tierra de origen: “poco a poco, el polvo se mezcló y oscureció el cielo, y el cielo palpó la tierra, soltó el polvo y se lo llevó, al tiempo que crecía en intensidad (...) y se elevó sobre los campos y formó en el aire penachos grises de humo perezoso”. Mientras, “las casas estaban cerradas a cal y canto, y las puertas y ventanas encajadas con trapos, pero el polvo era tan fino que no se podía ver en el aire, y se asentó como si fuera polen en sillas y mesas, encima de los platos”. Todo era inútil. Llegó la ruina, el acreedor implacable, el

camión desvencijado que conduce a la familia (valientes y cobardes, jóvenes y viejos, amigos y enemigos) hacia una tierra prometida que solo fue una nueva decepción. Sin presente y sin futuro; lo peor de todo, también sin pasado: “¿Cómo podremos vivir sin nuestras vidas? ¿Cómo sabremos que somos nosotros si no tenemos pasado?” Menos evidente que en el caso del *Pequod* la lectura “geopolítica” nos lleva a pensar en Behemot, la otra bestia bíblica, acaso un hipopótamo, que aparece —como se dijo— en el *Libro de Job*. No menos cruel, por cierto, que su versión marina, el perverso Leviatán.

Sobre Rusia, otro Imperio formalmente estatal, los hechos son concluyentes: 17 millones de Km² cuenta hoy la Federación Rusa; 22 millones controlaba la Unión Soviética; muchos más, si sumamos a los países satélites sujetos al principio de soberanía limitada por la doctrina Brezhnev. Potencia eurasiática, humillada (subjetivamente) por Occidente. Conviene leer los *Relatos de Sebastopol*, de Tolstoi; por cierto que ese puerto de Crimea es una de los escasos lugares donde la Madre Rusia consigue una salida a un mar que no sea helado. El tópico equipara Moscú con la potencia continental cuyo destino natural es la infinita estepa siberiana, donde la vida es un milagro cotidiano. Cito al respecto un libro reciente, *El delirio blanco*, del periodista polaco Jacek Hugo-Bader, que deja a los lectores sumidos en una profunda depresión. El otro polo, brillante durante períodos alternos, es San Petersburgo, una ventana abierta a la Europa ilustrada. “Eurasia” contra “Atlántica” es la tesis ultranacionalista de Alexander Dugin, desde su obra *Los fundamentos de la Geopolítica. Pensando especialmente el futuro de Rusia*. Influye mucho sobre Putin, al parecer: la vieja Geopolítica vuelve por sus fueros, al servicio de los dictadores.

Mientras tanto, el viajero recrea su propia experiencia, hace unos pocos años. He aquí la radiografía de un país excepcional, pero triste e infeliz, a disgusto consigo mismo. Impresiones varias. La Plaza Roja de Moscú está cerrada por (eternas) razones de seguridad, mientras los turistas se afanan por ver algo desde el estrecho pasillo que rodea la catedral de San Basilio. En la antigua Petrogrado, un hermoso trampantojo envuelve la realidad ingrata. Cierta es que el *caballero de bronce* (como llama Pushkin a Pedro el Grande, omnipresente) contempla vanidoso la urbe desde la famosa estatua; pero ya sabía Dostoievski que, en el fondo, San Petersburgo es la ciudad más abstracta del mundo. Contraste radical con las provincias somnolientas: industrias abandonadas y edificios que se caen a pedazos, en sentido literal. Mucho, demasiado Lenin. Ni rastro de Stalin o de Brezhnev. De Gorbachov, menos todavía. Renacen los monasterios deslumbrantes en la ribera del Volga, porque la Iglesia ortodoxa da impresión de vitalidad en esta nueva era: monjes y fieles por todas partes, con cierto aire de santería y oráculo milagroso. Siempre, muy cerca pero muy lejos, el paisaje infinito que conduce a la eternidad, sin detenerse nunca en el presente.

En cuanto a China, yo diría que es *algo más que* Geopolítica. Su impacto sobre la imaginación occidental nos conduce por muchos siglos de reflexiones,

pocas veces bien orientadas. Lo estudia con rigor Jonathan O. Spence en *El gran continente del Kan*. Sinólogos incluidos, China es un jeroglífico indescifrable para nosotros, desde Marco Polo a nuestros días. Incapaz de descubrir nuevos enfoques, recupero algunos viejos textos publicados hace ahora diez años, con ocasión de una estancia relativamente larga con el pretexto de los Juegos Olímpicos de Pekín, en 2008. Veán ustedes la China que les queremos enseñar. La gran capital olímpica, con el estadio de Herzog y De Meuron y la T-3 de Foster. El *skyline* de Shanghai, que maravilla a los viajeros desde el viejo Bund colonial. También la presa de las Tres Gargantas o el supertren que vuela por las nubes camino de Lhasa, aunque mejor no hablar de monjes tibetanos. En los ratos libres, disfruten de la Ciudad Prohibida y sus hermosos palacios de nombre relajante: entre otros, *armonía preservada* o *pureza celestial*. Ceremonia espectacular, instalaciones mágicas, un país al servicio del visitante festivo... A partir de ahí, vale más que no pregunten. Decía Hegel, tan eurocéntrico, que China no tiene historia porque la vida discurre igual desde hace milenios. No obstante, las cosas cambian en el terreno material: desde la coleta impuesta por la dinastía Qing al artilugio electrónico de última generación. Las mentes siguen acaso en estado de ingravidez. Recuerden la máxima del Tao: *Wu Wei*, no actuar, dejar hacer a los procesos naturales. Por cierto, ¿no es esa la esencia del liberalismo económico? Curiosa conclusión de los estudios culturales comparados.

Se ha escrito con razón que la China actual pretende combinar la tradición de Confucio, el sistema socialista y la economía de mercado. Por supuesto, la gente común no se entera de nada. La joven universitaria de Xi'an se ríe del visitante que asegura haber visto en Madrid y en Barcelona algunos guerreros originales de terracota. «Es imposible, no pueden salir nunca», aclara. Más vale suponer que no lleva razón... El régimen político es un modelo perfecto de tiranía a la vieja usanza. Se analiza cada gesto de Xi Jinping y demás jefes del partido para adivinar qué clan impondrá su ley en el futuro. Mao nos mira indiferentes desde la plaza de Tian'anmen. Por razones obvias, les importa poco un grado más de represión. La sociedad dual se deja ver por todas partes: tecnología puntera, al límite de la ciencia-ficción, comparte tiempo y espacio con los andrajos, la suciedad y la miseria. Dicen que el campo es mucho peor... Pero China es un gran país, con una espléndida cultura histórica y un patriotismo envidiable, a prueba de revoluciones y guerras civiles. No es una nación, sino un Imperio, una diferencia sutil que en Europa apenas sabemos apreciar. Es, además, el Imperio del Centro, que nos sitúa a los demás en una periferia remota. Guardan muchos ecos de viejas humillaciones. De los ingleses, cuando la Guerra del Opio, y de los japoneses, antes y después de Manchuria. ¿Llega la hora de la venganza?

BREVE EPÍLOGO ESPAÑOL

Termino. El lector me puede reprochar con toda razón la escasez de referencias a España. Una vez más, somos un *enigma geopolítico*: cuerpo de talasocracia y alma de geocracia. El gran Archivo de la Marina situado en el hermoso palacio manchego de Viso del Marqués es una buena metáfora. Por cierto que Don Álvaro de Bazán nos contempla todos los martes al llegar y al salir de esta Torre de los Lujanes. España no solo fue protagonista principal de la era atlántica, sino que pudo también dominar el Pacífico. Desde Filipinas, el océano de *Moby-Dick* casi fue un “lago español”, como temía el holandés y protestante Hugo Grocio. Apenas se recuerda que Joaquín Costa (antecesor ilustre en esta Real Academia) encontró tiempo para escribir sobre Micronesia, vendida en su día a Alemania. Así se perdió una base para influir en Asia/Pacífico, esa región que hoy nos apasiona. En definitiva, a pesar de la historia admirable de la Armada, España nunca ejerció sobre las aguas el poder que caracteriza a las talasocracias, es decir, un control férreo de las vías de comunicación marítima. Acaso, como explica Díez del Corral, porque la modernidad española fue una prolongación a escala planetaria de la Reconquista medieval, de manera que el Imperio se construyó desde ese mismo espíritu, tan alejado del utilitarismo mercantil de otros pueblos europeos. Pero el asunto es de tal enjundia que excede notoriamente de nuestro propósito aquí y ahora.

El objetivo era, en efecto, dar cuenta y razón del retorno de la Geopolítica como enfoque para la comprensión de un tiempo de incertidumbre, porque el *Weltgeist* parece atrapado en una encrucijada de caminos y no acierta a encontrar el rumbo. Es una ciencia peculiar, más famosa por el ingenio que por el rigor, campo abonado para el lucimiento de mentes creativas. Sin embargo, nos ofrece una lección de validez universal: aunque la técnica lo puede casi todo, el mar y la tierra imponen condiciones que sería temerario ignorar. Seamos optimistas para terminar: es de suponer que el búho de Minerva, siempre paciente, espera el crepúsculo para emprender el vuelo.